

FEDERICO PELTZER¹

ÁRBOL DE UN PÁJARO

Su sombra abarcaba un ancho círculo de tierra y bajaba, desde las hojas grandes, brillantes, que solían crujir, si se las arrancaba, como un papel grueso y bien planchado. Cuando llovía, el agua tardaba en caer a través del follaje macizo; y después continuaba remojando la tierra, como una rebeldía, cuando el sol hacía rato que encendía faroles por el cielo.

Había pertenecido a una vieja quinta y estaba en el borde, invadiendo la calle. Era del tiempo en que la gente se eternizaba con hechos aún más desmesurados que los árboles que plantaba. Al atardecer, algunas muchachas con sombrillas se paseaban por los caminos interiores, mientras afuera, en la ciudad, las mentaban como a los coroneles famosos o a los payadores de pico de oro. Un gobierno expropió la quinta, y el árbol fue a dar al pueblo, que solía acudir a sentarse, con la canícula, en el ancho cinturón de bancos con que el Municipio limitó su contorno. Y, desde el momento en que fue posible tocarlo (y hasta grabarle flechas o iniciales en la piel), perdió algo de prestigio; aunque lo recuperó pronto, porque los gigantes resisten la cercanía.

En aquel árbol no se escuchaba más que a un pájaro: uno solo, hacia la tarde, a veces durante la noche, cuando lo desvelaban el calor o las visitas. Era un canto dulce, tímido al principio, después alegre y victorioso como una ola que se decide a retozar. Ningún otro pájaro cantaba entonces en los aledaños. Hay cosas que imponen su soledad.

¹ Catedrático universitario, abogado, poeta, ensayista y novelista (1924-2009). https://es.wikipedia.org/wiki/Federico_Peltzer

La plaza del árbol era muy concurrida. A la gente le gustaba escuchar aquel canto que ayudaba a ser feliz. Iban en grupos, leían la plaquita que recordaba el famoso nombre del expropiante, y la cita laica, en austero latín, que hablaba de usos naturales y morigerados. Algunas parejas conocieron el amor allí, ese amor pulverizado después en múltiples desencuentros. Los viejos leían su diario y comparaban días y hombres; los chicos, contenidos, solo querían descubrir el origen de aquella voz, amparada por un guardián malhumorado. Hasta un suicida decidió matarse al pie del árbol, tal vez convencido de que lo último que se escucha perdura toda la eternidad... Y el pájaro cantaba.

Cada diez o quince años, la Comuna proveía una cuadrilla, remolona y bullanguera, a fin de podar aquellas ramas que multiplicaban el tronco, igual que una filosofía demasiado ambiciosa. El pájaro esperaba y, cuando se iban, volvía a cantar. Ni el ojo más limpio alcanzó jamás a descubrir su nido.

Hubo conjeturas, teorías, consultas. La ciudad cambiaba, pero no el árbol; y menos el canto. Un árbol, en verdad, no es algo idéntico: se renueva, se recrea; como un hombre. En cambio, un canto puede prolongarse, como un eco de sí, mientras haya un oído capaz de escucharlo; es una palabra que no envejece, acaso porque no dice nada.

Sin embargo, un árbol tampoco es eterno, aunque quizás debiera serlo. Y a este le llegó la hora de morir. Parecía imposible, porque era ancho como un gigante acostado. Pero murió. Se fue secando, probablemente asustado del lugar que robaba a una ciudad sin espacio. Se contrajo y se arrugó, como un globo sin aire. Con él se fue apagando el canto de su pájaro. Inútilmente trataron de hacerlo perdurar grabado en los más celosos alambres de las mejores fábricas europeas: el canto no se registró en ellos y quedaron lisos, vacíos, como la mano que se cierra y no logra cazar la mariposa.

Cada árbol tiene un pájaro. Muchos acuden, pero uno solo es su amigo, su confidente. Se hablan, se conocen, quizá se cuentan sus mutuas aventuras por la entraña de la tierra o por la libertad del espacio. El pájaro suele morir antes y el árbol lo llora a su manera, con un bisbiseo de hojas que se caen hacia el otoño. Después, encuentra algún otro cantor y reanudan el diálogo.

Y aquel árbol no había visto morir al único pájaro que vivió en él con su permanencia de canto. Tal vez era su alma, su ser primero y último, eso que también deben tener los árboles.

La intriga arreció. A la gente le agradan los muertos que caen con dignidad, haciendo un espectáculo de su caída. Querían saber aquel secreto de tres generaciones, porque, después de la oportunidad de la muerte, los grandes misterios no suelen descifrarse.

Pero no lograron descubrirlo.

Cierta noche de tormenta, cayó un rayo. Aquel lento apagarse terminó de golpe y solo quedaron un montón de ramas esqueléticas, retorcidas, entre un inútil colchón de hojas y el tronco breve, enano, con un enorme hueco en el medio.

Amaneció un día frío, republicano. Dos chicos, rumbo a la escuela, entre el pegajoso vapor de la lluvia lo vieron así, terminado, ya con el impudor de su derrota a la vista. Se acercaron y uno, el más ágil, trepó sobre las manos enlazadas en estribo del otro y se asomó para saber antes que nadie.

Había escuchado al pájaro y sus ímpetus dañinos se amansaban con él; su padre recordaba otros tiempos de canto mejor, y su abuela hablaba de una de esas ocasiones únicas en la vida, cuando la invitaron a tomar el té en el parque donde el árbol era el príncipe.

Todo era negro, húmedo, caduco. Hasta el silencio gravitaba como una presencia. Le pidió fósforos al compañero de abajo y, aprovechando un resuello que se dio el viento, lo encendió dentro de la madera.

Tenía una hondura mayor que lo previsible. Se asomó todavía más, el vientre rayado por el borde, y miró hasta lo último.

En el final del árbol, allá junto a la definitiva muralla de la tierra, había un gorrión muerto.



© *Un triste adiós* (RANLE, 2015).